

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I



## SOBRE UN LIBRO DE MEMORIAS

(Para "LA NACION")

I

SALAMANCA, febrero de 1913.

No hay género literario de que guste yo más que de las memorias y recuerdos personales, las autobiografías de aquellos que o vivieron una vida íntima intensa o por haberse encontrado en el medio de sociedades agitadas tuvieron ocasión de conocer a variedad de gentes. Y este género, lo he dicho varias veces, lamentándome de ello, escasea en nuestra literatura española así como en la inglesa abunda y también en la francesa.

Nunca he sabido darme cuenta de la razón de esa escasez de libros de memorias en nuestra literatura española. Acaso se deba a la monotonía y poco saliente de nuestra vida ordinaria; acaso a lo flacos de memoria que somos, ya individual ya colectivamente; acaso también al poco, al poquísimo interés que aquí despierta el hombre.

Parece imposible que en un país como el nuestro, en que la exaltación de la indivi-

dualidad llega al colmo, se dé ese caso. Y lo de esa exaltación es evidente. Ya Martín A. S. Hume, en su historia del pueblo español, habló de «la individualidad introspectiva del español» y yo lo comenté en un ensayo que sobre el individualismo español publiqué en la revista «La España Moderna» en marzo de 1903.

Hume señala como carácter distintivo de la raza afro-semita de que dice procedemos los españoles una individualidad absorbente, «a overwhelming individuality», y al tratar de nuestra época de grandeza, a mediados del siglo XVI, dice que: «cada labriego iletrado y cada soldado bravucón sentíase de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su rey tenían una misión más alta que la confluada a otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular Juan o Pedro estaba individualmente, a presencia de Dios y de los hombres, como en preminencia el más celoso y ortodoxo de todos ellos». Y a esta individualidad absorbente e introspectiva atribuye Mr. Hume nuestra falta de solidaridad.

Y Ramón Pérez de Ayala, en su última y dolorosísima novela, de que algún día he de hablaros; «Troteras y danzaderas», después de citar aquellos versos de Walt Whitman que empiezan: «I am an acme of things accomplished», etc., soy la cima de todas las cosas realizadas y el compendio de cuantas se han de realizar... a cada paso que doy piso haces de siglos, y entre paso y paso, más nutridos haces... allá a lo lejos, en lo pasado, entre la enorme primera Nada, ya estaba yo allí... inmensas han sido las preparaciones para mí... centurias y centurias condujeron mi cuna a través del tiempo, remando y re-

mando como alegres boteros... todas las fuerzas han sido empleadas abundantemente para completarme y placermec; y heme aquí, en el centro del mundo con mi alma robusta;—después de citar estas sentencias apocalípticas de Walt Whitman, el vate de la democracia, agregó Pérez de Ayala, por boca de uno de los personajes de su última y dolorosísima novela, estas palabras: «Estos versos debieran titularse: «Nací en la Mancha».

Acaso alguno de mis lectores recuerde el comentario que en mi «Vida de Don Quijote y Sancho»—de que va a hacerse una segunda edición—puse a aquellas palabras de Don Quijote: «¡yo sé quien soy!», palabras que parecen contradecir la corriente idea de que nada hay más difícil que conocerse uno a sí mismo. Y el español introspectivo y absorbente si se conoce a sí mismo—lo que no siempre sucede—no conoce muy bien a los demás con quienes vive. Y es muy difícil, casi imposible, que quien no conoce a los demás bien se conozca bien a sí mismo, ya que nuestro conocimiento propio no suele ser sino reflejo de nuestro conocimiento de los demás.

Nadie llega a ver el semblante de su alma sino en el espejo de las almas de los demás. Y así en los buenos libros de memorias, como el que me sugiere estas líneas y que aun no he citado, abundan más los retratos de otras personas que no el retrato del autor mismo. A éste se le conoce por el modo de retratar. En un cuadro cualquiera de un gran pintor se le ve mejor retratado que en un auto-retrato. Y así en el libro que me sugiere estas reflexiones y del que vendré a hablar luego que con ellas acabe, en las «Impresiones y recuerdos» que en cuatro volúmenes acaba de publicar el casi octogenario Julio Nombela, el carácter de éste y su modo de ser se retrata en su manera de retratar a los demás mejor aun que en cuanto de sí mismo dice.

Y volviendo a mi tema de que sea nuestra literatura tan pobre en libros de memorias y en buenas auto-biografías siendo como somos los españoles de una individualidad absorbente e introspectiva, diré que es precisamente a esta cualidad a lo que se debe aquel defecto. El hombre de individualidad absorbente apenas se fija en los demás y el que no se fija en los demás tampoco se fija en sí mismo. Su individualidad es una individualidad vacía, pobre en personalidad, es un continente recio y duro como el de una tinaja de casco muy grueso, pero que no contiene sino la misma agua que las demás tinajas. Es como un faquir que se aduerme contemplándose el ombligo. De individuos así, de recia y dura individualidad introspectiva, suelo yo decir que son cuanto en el espíritu como los cangrejos en cuanto al cuerpo, dermatoesquéticos, que tienen los huesos fuera y la carne dentro. Y aquí abundan los que tienen los huesos del espíritu por fuera, a la superficie, y hasta con pinchos, como suelen tenerlos los cangrejos y lagostas, y la carne de ese mismo espíritu dentro, si es que es carnoso su espíritu.

A ese individualismo introspectivo, a ese cada uno lleno de sí mismo, es a lo que hay que atribuir el poco o ningún interés que nos merecen los demás. Y de ello

Hume

P. de Ayala

W. Whitman





nace una cierta democracia, igualitaria que Menéndez y Pelayo llamó alguna vez la democracia frailuna española. Y frailuna es, en efecto, pero de frailes mendicantes.

El instinto igualitario es aquí, creo, mucho más fuerte que en otras partes, pero de un igualitarismo de muy fea nivelación. Como que a él se debe más que a otra cosa la Inquisición.

La Inquisición española, en efecto, lo ha dicho varias veces, no fué tanto una institución religiosa o más bien clerical cuanto política y dentro de lo político popular, profundamente popular. No fué la Iglesia católica la que impuso a España la Inquisición, sino que fué el pueblo español quien se la impuso a la Iglesia católica española. Y fué mientras duró un instituto profundamente popular y hoy todavía sigue siéndolo. Porque la Inquisición no ha acabado. Y no me refiero a la católica, ¡no! Los otros, los anticatólicos, los libre pensadores, los racionalistas, no son en España menos inquisitoriales que aquellos otros a quienes combaten. Si eso que ahora dan algunos en llamar el ferrerismo triunfase, habría que ver si no dejaba tamaño al tan mentado inquisitorismo antiferrerista.

Al individuo pobre en personalidad, pero sobrado de individualidad, al que tiene el dermatoesqueleto muy espeso y duro, aunque apenas tenga carne dentro o sea ella fofa y poco personal o distintiva, a éste nada le molesta más que el que otro se distinga de una manera cualquiera en que él no puede distinguirse. Los hombres de poca imaginación o de poco gusto para idear un traje y una manera de presentarse que llame sobre ellos la atención y en especial les atraiga las miradas de las mujeres, se alegrarían, sin duda alguna, que un tirano impusiese a todos un uniforme cortado por patrón. Y algo así sucede con las ideas. En ese horror que suele demostrarse a lo que se llama novedades, extravagancias o tal vez paradojas, entra por mucho el sentimiento de la impotencia para producir las. Una vez que cierto sujeto de esos, de los que los franceses llama-

man con vocablo intraductible «ratés», de los de antemano fracasados, de los vencidos aún antes de combatir, me salió con un tono despectivo diciéndome: «¡bah! ¡paradojas!... es muy cómodo ponerse a sorprender la buena fe de los lectores», no pude contenerme y le dije: «pues póngase usted, señor mío, si lo cree tan fácil, a inventar paradojas y lo más probable es que no le salgan a usted más que... tonterías. Y que cuando crea usted decir una novedad atrevidísima no diga usted sino la cosa más vieja, más trivial y más trillada».

Y estoy convencido de que a aquellos desgraciados a quienes por herejes perseguía la Inquisición, perseguidos, con el no encubierto regocijo de los demás, no tanto porque esparcieran doctrinas dañosas para la salvación de sus almas y las de sus prójimos, cuanto porque se les ocurrían cosas que a sus perseguidores y a aquellos a quienes éstos representaban no se les habían ocurrido. Era la ortodoxia un uniforme para el pensamiento conducente a que nadie osara distinguirse de los de-

más, haciéndolos así de menos. Y hoy mismo no es sino el sentimiento inquisitorial, o dicho en plata la envidia—que es el vicio genuinamente popular y democrático—el que motaja de extravagancias lo que a uno se le ocurre y logra con ello llamar la atención respetuosa o tal vez admirativa de los demás.

He hablado más arriba de frailes mendicantes. Y es que no raras veces en el fondo de uno de esos individuos introspectivos y dermatoesqueléticos late un fraile mendicante. El no se fijará en que los demás existen ni se interesará por saber de ellos, pero en cambio le molesta el que los otros no se fijen en él ni se interesen por lo que él cree hacer. Y mendiga la atención ajena. Y al que no mendiga, al que no entra en la cofradía del «hoy por tí y mañana por mí», motéjanle de soberbio.

Todo lo cual produce, entre otras causas, esa escasez de memorias en nuestra literatura, y de esos escritos en que hombres de experiencia dejan consignado el fruto de ella.

En la introducción que el señor Serrano y Sanz puso al volumen de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles—la continuación del Rivadencya—que contiene «Autobiografías» y «Memorias» podrá ver el lector que guste una reseña de las principales que se han publicado en nuestra lengua. Ninguna de ellas ha alcanzado que yo sepa verdadera popularidad. Las más conocidas y celebradas son las de nuestros historiadores de Indias, tal como la de Bernal Díaz del Castillo. De las de literatos he oído celebrar los «Recuerdos de un anciano» de don Antonio Alcalá Galiano y las «Memorias de un setentón» de Mesonero Romanos y he oído decir que los «Recuerdos» de don José Zorrilla están llenos de invenciones y hasta de embustes. «Mis memorias íntimas» de don Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorria, es uno de los libros de más antigua lectura que hay en castellano. Y, no se cuenten las memorias autobiográficas de religiosos y religiosas, porque estos libros, como la «Vida» de Santa Teresa, forman género aparte.

Son además estas memorias el mejor auxiliar para la historia y acaso la historia más verdadera, aunque adolezcan de inexactitudes por la flaca memoria del autor y carezcan de documentación precisa y aunque el autor quiera alguna vez engañarnos. Y más aun para los que vamos a la historia a buscar hombres, sean o no héroes, según los definía Carlyle, más bien que muchedumbres y nos interesa la psicología más que la sociología.

Un libro así de memorias son las «Impresiones y recuerdos» de don Julio Nombela, el director y propietario de «La Última Moda», de Madrid. Nacido el señor Nombela en esa corte y villa, hace ya más de 76 años, el 10. de noviembre de 1836, ha podido ser testigo y a las veces actor de muchos de los sucesos más culminantes de la segunda mitad del pasado siglo en España y en especial nos da noticias de la vida teatral y de la literatura y algo de la política, ya que él, Nombela, anduvo algún tiempo en el campo carlista, fué secretario del famosísimo general Cabrera—en la época en que éste no hacía ya vida

laura

Autob

Autob





RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

## SOBRE UN LIBRO DE MEMORIAS

(Para LA NACION)

II

SALAMANCA, marzo de 1913.

La época en que nacimos, la segunda mitad del pasado siglo XIX en España se nos aparece a los que estamos frisando en la cincuentena y que por la madurez de nuestro espíritu somos más del siglo XX que no del XIX, como una época algo borrosa y crepuscular. Despierta en nosotros mucho más interés la primera mitad del pasado siglo y las postrimerías del XVIII. La repercusión en España de la Revolución Francesa y las doctrinas de la Enciclopedia, que tanto eco hallaron en esta universidad de Salamanca, foco de enciclopedistas y afrancesados cuando en ella se formaban nuestro gran poeta Quintana y vuestro noble general Belgrano, que aquí cursó derecho; la guerra luego de la Independencia, contra la invasión napoleónica; la Independencia de las colonias americanas, consecuencia de vuestra propia guerra de independencia; las luchas entre constitucionales y realistas en el reinado de Fernando VII; la primera guerra civil carlista, la de los siete años, del 33 al 40, que terminó en el abrazo de Vergara; todo esto se encuentra ya lleno de leyenda. El reinado posterior de Isabel II, la Revolución de 1868 y la segunda guerra civil carlista, la que acabó en 1876, no lo gran despertar en general tanto nuestro interés. Yo mismo, que fui, siendo niño, testigo de parte de esta segunda—o más bien tercera—guerra carlista, y que estuve en Bilbao, mi pueblo, durante el bombardeo de éste, y que posteriormente estudié con minuciosísimo interés ese período para escribir mi novela histórica «Paz en la guerra», no logro verlo con aquel prestigio de epopeya con que se me aparece la primera carlistada. Ninguno de los héroes de la que yo alcancé adquirirá, creo, en la historia las proporciones épicas de un Zumalacarregui o de un Cabrera. Y lo mismo que en esto ocurre en lo literario.

Pasado, en efecto, un período en que era moda execrar de Quintana, de don Juan Nicasio Gallego, de Lista, de todos los del tránsito del siglo XVIII al XIX hoy empezamos a verlos con más relieve que en los de pleno siglo XIX. Y lo que empieza a borrarse un poco es el prestigio de nuestros románticos. Aparte cierto inevitable contagio de los gustos que reinan cuando uno es joven nunca fui, por mi parte, en exceso entusiasta ni de Espronceda—cuya oscuridad de sentimientos no se me escapó—ni de Zorrilla ni aun de Larra. Pero el período de que principalmente nos habla Julio Nombela en sus «Impresiones y recuerdos», el de la segunda mitad del pasado siglo, el de los epígonos del romanticismo, nos es menos interesante todavía.

Fué en general, en lo literario, un período de flojez y de cansancio para Es-

activa, claro está—e intervino activamente en las negociaciones que acabaron por el reconocimiento que hizo Cabrera de la dinastía de don Alfonso XII, que a su vez le reconoció sus títulos y su grado de capitán general.

Y si el señor Nombela ha escrito este libro interesantísimo en que se nos da tantas y tan curiosas memorias sobre la vida íntima en España en la segunda mitad del pasado siglo y en que pasan ante nuestros ojos tantos personajes conocidos débese en primer lugar a la ingénita bondad de dicho señor, a su propensión a ver y recordar lo bueno y no fijarse en lo malo de las gentes u olvidarlo. El mismo nos lo dice al decir: «No exagero si afirmo que he sido uno de los periodistas que más ha prodigado los elogios a cuantos necesitan del favor de la prensa para hacer carrera, ganar fama o satisfacer vanidades. En cambio, poco he tenido que agradecer en este concepto a mis compañeros». Y en otro pasaje nos dice que era él entonces—hace cincuenta años—uno de los que desinteresadamente «bombeaba» a los literatos». Y aun en este libro que ahora publica si en algo es en exceso pródigo es en elogios. Y hasta cuando quiere censurar algo, como le pasa al hablar de Castelar y de don Francisco Silvela lo hace con la mayor parsimonia.

Y a cambio de esta su bondad,—bondad que heredó su hijo Julio, catedrático que era de esta universidad al morir, joven aun, hace cinco años, y de quien os hablaré así como de su obra—da a entender que él pasaba por un ser insignificante, vulgar, incoloro, sin leyenda, a quien sólo podía motejarse de hurón o de egoísta, porque vivía esencialmente para su familia, salía a paseo con ella y con sus hijos y sin calumniarle no podían atribuirle ninguna de esas flaquezas, tan frecuentes, tan chistosas, tan toleradas y hasta celebradas».

Incansable obrero Julio Nombela, pasó de proyecto en proyecto, y entre altos y bajos es uno de los pocos, poquísimos—no recuerdo ahora otro—que puedan jactarse de haberse creado una regular posición económica nada más que con su pluma y sin otro oficio alguno, pues no tiene carrera. Y así es como ha podido escribir al acabar estas memorias: «Obrero intelectual, si se me concede este título honroso, pero obrero en suma, puedo al caer la tarde de mi vida sentarme a descansar como el menestral en la puerta de su taller, como el labrador en la de su granja, y en medio del silencio y la quietud que preceden a la noche, recordar la labor realizada contemplando tranquilo y gozoso el melancólico crepúsculo vespertino».

Repasemos ahora este libro de «Impresiones y recuerdos».

MIGUEL DE UNAMUNO.

*Autob.*

*Autob.*





paña; faltó en él en general brío. Fué el período de Fernán Caballero, de Trueba, de Frontaura, de Hartzenbusch, de Eguilaz, de María del Pilar Sinués... el período de la literatura casera e inocua, de la «honrada» poesía que hubiese dicho Menéndez y Pelayo, de la ironía sin hiel o del humorismo discreto. Las que entonces pasaban por obras atrevidas, se nos caen de las manos hoy y para encontrar atrevimientos pretéritos nos arredramos más aun en el tiempo.

Nunca olvidaré que mi paisano Trueba, Antón el de los Cantares, a quien alcancé a conocer, y «cuyo angelical carácter encantaba» según dice Nombela, aunque no dejaba de tener sus malicias y su modestia no era más que un disfraz, estaba profundamente convencido de que Luis de Eguilaz, su íntimo amigo, era el más grande dramaturgo que había producido España, sin excluir ni a Calderón, ni a Lope, ni a Moreto, ni a Tirso. Y ¿quién se acuerda hoy de sus «La cruz del matrimonio», «Verdades amargas» o «Los soldados de plomo»? He conocido señores de la generación anterior a la mía que se sabían de memoria casi todo «El hombre de mundo» del argentino españolizado Ventura de la Vega; y hoy, ¿quién lo recuerda? Y no se nos diga que el teatro es lo que más pronto pasa, lo más sujeto a modas, porque todavía se representan con éxito no ya nuestros dramas clásicos del siglo XVII, sino comedias de Moratín y el «Don Alvaro» del duque de Rivas. Y es fácil que fuese más resucitable Bretón de los Herreros que no Eguilaz o Ventura de la Vega.

Del teatro muy especialmente y de sus interioridades nos habla Nombela, que empezó siendo racionista en la compañía de Argona, y por las páginas de su obra desfilan los más celebrados actores de mediados del pasado siglo: Argona, Catalina, Romea, la Matilde Díez, etc. Triste sino el de estos artistas—se ha repetido muchas veces—que después de haberse embriagado con los aplausos del público no pueden gozar sino de una gloria de prestado! En el libro quinto de la obra que estoy revistando incluye el autor unas melancólicas palabras que le dijo el gran actor Julián Romea cuando le vió viejo ya y jubilado.

Nombela dijo de Romea que había sido en el teatro español quien más practicó la teoría de las «arias coreadas» y que todo lo sacrificó a su interés personal, que procuró rodearse de medianías cuando no de nulidades, que no representó más obras que aquellas en las que su papel era el primero, el único de verdadera importancia, que apartaba de su lado a los que por sus cualidades prometían llegar a rivalizar con él y que no sólo contribuyó a la escasez de buenos actores, sino a la paralización de la literatura dramática porque los autores no podían dar rienda suelta a su inspiración, necesitaban amoldar sus obras a las exigencias del actor que debía interpretarlas, y este actor procuraba para brillar rodearse de sombras. Como se ve, esto de que antaño acusaba Nombela a Romea siguen haciéndolo no pocos actores, ya que el espectáculo mata a la obra dramática. A Romea le do-

lieron esos juicios y cuando años más tarde tuvo ocasión, jubilado y viejo ya, de tratar a su censor, le hizo tristes confidencias. Y entonces le habló de la gloria, a la que todo se sacrifica y le dijo: «Los que nos la disputan, los que aspiran siquiera a arrebatárnosla, son nuestros mayores enemigos; el terrible instinto de conservación nos impulsa a antiquillarlos, y si yo he hecho lo que usted supuso al escribir lo que me llegó al alma, fué en defensa propia, obedeció a una fuerza superior que anuló lo que había de bueno en mi inteligencia y mi corazón. El Danto no ha descrito un tormento superior al que sufre quien en posesión de la gloria, se ve obligado a defenderse de los que aspiran a arrebatársela.» Todo el relato de esta entrevista de Nombela con el viejo artista es de un alto interés.

Nunca olvidaré la impresión que me hizo ver al pobre don José Valero, ochentón ya casi, cansado, viejo y caduco, representar «La carcajada», y salir a la escena fingiendo, a fuerza de afeites, un mozo. Era un drama infinitamente más dramático que el que representaba.

Aparte de las noticias que en su obra nos da Nombela de la vida íntima del teatro, y de los escritores a quienes cono-

ció, y en especial de Becquer, que fué íntimo amigo suyo, y de quien os diré luego, hay una parte interesantísima, y es la que se refiere a aquellas famosas novelas por entregas, que acaso no eran arte, pero eran negocio, y en que se ejercitaron don Manuel Fernández y González, ya legendario, Pérez Escrich, Tarrago y Mateos, Ortega y Erias y el mismo Nombela. Quién de nosotros, los que hoy andamos cerca de los cincuenta, no se recreó en sus mocedades leyendo de claro en claro y de turbio en turbio aquellos ingentes novelones? Yo sólo recuerdo que en una de las temporadas que pasé en una casita de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao, no me dejaba dormir un cierto Mateo el Galgo, de «Las obras de misericordia», de Pérez Escrich. Y el género acaso seguirá teniendo aceptación. En Portugal, por lo menos, tierra clásica del sentimentalismo, es más fácil, muchísimo más fácil encontrar traducciones de novelas de Pérez Escrich que no de Alarcón, de Pereda, de Valera, de Galdós, de la Pardo Bazán o de Blasco Ibáñez (y eso que a este último, por su sentido, se le lee más que a los otros). Y he conocido un inglés nada torpo que me aseguraba que el novelista español del siglo XIX fué Fernández y González.

Con las cosas que de don Manuel Fernández y González se cuentan habría para hacer un bien nutrido libro lleno de amonidad. Nombela en el libro quinto de sus «Impresiones y recuerdos» nos cuenta bastante de él, y de lo que su trabajo le producía. Durante nueve meses, nos dice, le entregó el editor Guijarro mil reales—o sea 250 pesetas—cada día por el original que le llevaba. Ganó mucho, muchísimo, lo que seguramente no gana hoy ninguno de los que de la pluma viven—y ganancias cuya cuantía el público exagera—y lo gastó todo fantásticamente. Nombela nos cuenta cómo decía que pensaba ir a París y hacerse allí de oro es-





cribiendo, porque estaba seguro que hasta allá habría llegado su fama y que todas las puertas se le abrirían de par en par, y a la objeción de que no sabía francés, respondió que no pasaría mucho tiempo sin que lo hablase y escribiese como el mismísimo Víctor Hugo.

Y respecto al producto económico de esa tarea, nos dice Nombela que en aquellos años le produjeron sus trabajos literarios, novelas y periodismo, de diez y ocho a veinte mil pesetas anuales, lo más de lo cual se debería a las novelas por entregas. «Ni antes ni después—añade—han podido vivir exclusivamente del producto de las letras los que no se dedicaron a hacer en el teatro, sobre poco más o menos, lo que hacíamos nosotros en los libros, género al que, no sin razón, y salvo algunas excepciones, podía y debía llamarse de pacotilla». Sin duda alguna. No creo, en efecto, que hayan después producido lo que entonces produjeron a sus autores las novelas por entregas, ni aún las novelas pornográficas, que han sido posteriormente las de negocio, aunque muy feo y muy antiartístico negocio.

¡Pero en esto del aspecto económico de la literatura hay una de sorpresas! En esta obra misma de Nombela encuentro una noticia que me ha dejado confuso. Siendo yo estudiante en Madrid, en 1882, se estrenó una zarzuela u opereta francesa que por su música obtuvo un gran éxito. Era «La Mascota», del maestro compositor Audrán. A mí me llevaron los amigos alguna noche a oírla, y digo me llevaron, porque nunca he sido muy aficionado a la música y no voy por propio impulso a oírla. La música, que se pegaba fácilmente al oído, era muy gustada del público y había números de ella que se hacía repetir cada noche, pero la letra del libreto y el argumento de la opereta creo recordar que era un despropósito sin valor alguno literario. Pues bien, esta opereta y otra titulada «Gileta de Narbona», con música del mismo Audrán, la compraron entre Nombela y otro para explotarlas en España y las repúblicas hispano-americanas, por 24.000 francos, y en los seis o siete años que siguieron a su estreno, los derechos de representación y la venta de los libretos ascendieron a más de 25.000 duros, es decir, 125.000 pesetas. Pero la noticia para mí estupenda en esta: «Lo que me sorprendió—escribe Nombela—es que al mismo tiempo comprase el público el libreto. En tres años fué necesario hacer diez ediciones de 1000 ejemplares cada una.» ¡Parece imposible! Que fuesen a oír «La Mascota», que no se hartasen de su música lo comprendo, pero que en tres años se despachasen 10.000 ejemplares del libreto de aquel disparate... no digo literario, porque no lo era, es cosa que no acabo de comprender ni aun tomando en cuenta lo pervertido del gusto... tampoco diré literario, del público que frecuenta los teatros. Si de mí dependiese, prohibiría poner letra a la música de teatro. Y siempre he creído que la ópera, a pesar de las teorías de Wagner, es un género monstruoso, híbrido, maridaje de música y de pantomima, que no de literatura. Como

que el obstáculo para que el público de teatro pueda ver el «Hamlet», pongo por caso, es que va a verlo con la impresión de la ópera «Amleto».

Y volviendo a las memorias de Nombela bien quisiera detenerme aquí en el examen de los más interesantes retratos de su galería de ellos, que son a mi juicio, el del poeta Adolfo Gustavo Bécquer—o propiamente Adolfo Gustavo Domínguez Bastida, pues Bécquer no era sino el segundo o no sé si cuarto apellido de su padre, pero el que sonaba mejor por lo de extranjero—el del gran orador Ríos Rosas y el del general Cabrera, conde de Morella. A ellos podría unirse el de Augusto Ferrán, el de los cantares.

El retrato que de Cabrera en esta obra nos traza Nombela y el que más circunstanciadamente nos dió en su otro libro «Detrás de las trincheras», indispensable para quien desee conocer interioridades de la última guerra civil carlista, merece estudio aparte. Al llamado Tigre del Maestrazgo—y del que se ha querido hacer aquí algo como ahí de Facundo Quiroga—se le conoce aún mal. El mismo Nombela nos cuenta que Cabrera mismo, hablándole de los horrores que ejecutó después que sus enemigos fusilaron a su madre le dijo una vez: «¡Cuánto he sufrido después durante los períodos de calma y de prosperidad de mi vida! Durante algún tiempo hice horrores; no sabía lo que hacía. Tuvo razón el novelista que me calificó de Tigre del Maestrazgo.» Quién sabe si de haber podido llegar a viejo Quiroga y a tiempos de calma no habría reconocido también que con justicia se le llamó el Tigre de los Llanos. Pero nuestro Cabrera no ha tenido ningún Sarmiento de genio que lo haya historiado, aunque fuese calumniándolo más o menos. ¡Y en verdad que merece un historiador!

Bécquer, el soñador o tal vez el durmiente Bécquer, el que ni siquiera se dió a conocer a la inspiradora de sus mejores rimas, no tiene el relieve de Cabrera, pero es mejor conocido en donde quiera que se hable la lengua castellana.

MIGUEL DE UNAMUNO.

*Libro de los libros*

